

à tu imperio? Fácilmente debelaste la soberbia de los espíritus apóstatas, y aniquilaste su vano empeño: presumieron los impíos amenguar tu fuerza y apartar de ti los innumerables adoradores; pero el que intenta contrariar tu poder, labra su propia ruina, y sólo consigue realzarlo más; que con sus mismas armas le castigas, y del exceso del mal haces un bien mayor. Testimonio es de todo, ese mundo, recién formado, ese otro cielo, no distante de las celestiales puertas, fundado à nuestra vista sobre el claro cristal, sobre el transparente mar, de extension casi infinita, poblado de multitud de estrellas, cada una de las cuales sea quizás un mundo dispuesto para habitarse, aunque tú solo sepas en qué sazón. En medio se halla la mansion de los hombres, la tierra, con el Océano inferior que la circuye, morada llena de encantos. ¡Dichosos una y mil veces los hombres, y los hijos de los hombres, à quienes Dios tanto ha privilegiado, creándolos à su imágen, para que habiten en esos lugares, le rindan culto, y en recompensa dominen sobre todas sus obras, sobre la tierra, la mar y el aire, y multipliquen la raza de sus santos y justos adoradores! ¡Mil veces dichosos, si comprenden su ventura y perseveran en la virtud!»

»Esto cantaban, resonando por todo el Empireo las voces de ¡aleluya! Y así fué solemnizado el sábado.

»Creo haberte satisfecho ya en lo que deseabas. Sabes cómo empezó este mundo, el origen de cuanto en él existe, y lo que desde el principio se hizo anterior à tu memoria, para que la posteridad, informada por ti, tenga de todo conocimiento. Si más pretendes saber, con tal que no exceda à la humana capacidad, manifiéstalo.»

## LIBRO OCTAVO

### ARGUMENTO

Adán hace algunas preguntas sobre los movimientos celestes, à las que contesta el Ángel con palabras dudosas, aconsejándole que procure informarse de cosas más dignas de saberse. Persuádese de ello Adán; pero deseoso de tener à Rafael más tiempo consigo, le refiere todo lo que recuerda su memoria desde que fué creado, y cómo entró en el Paraíso; su conferencia con Dios respecto à la soledad y à la compañía que pudiera convenirle; su primer encuentro y su desposorio con Eva; y prosigue discutiendo sobre este punto con el Ángel que despues de hacerle algunas amonestaciones, regresa al cielo.

Suspendió el Ángel su relato, y tan dulce impresion dejaron sus palabras en los oídos de Adán, que por algun tiempo, creyendo estarle oyendo todavia, permaneció inmóvil y atento; hasta que por fin, como quien de pronto vuelve en sí, le dijo en tono de agradecido:

«¿Cómo podré mostrar el debido reconocimiento ni corresponder à la merced que me has dispensado, divino historiador, satisfaciendo cumplidamente el anhelo que tenia de instruirme, y llevando tu amistosa condescendencia hasta el punto de revelarme cosas que jamás hubiera podido adivinar? Con asombro, pero con gran deleite, las he escuchado, y atribuyo al Sumo Hacedor toda su gloria, como es debido. Quédanme, sin embargo, algunas dudas que únicamente tú puedes resolver; porque cuando contemplo esta admirable fábrica, este mundo compuesto de cielo y tierra, y calculo su magnitud, la tierra me parece un grano de arena, un átomo, comparada con el firmamento y todos sus numerosos astros, y que estos recorren espacios incomprensibles, de lo cual son prueba su distancia y su breve reaparicion diurna. Pero ¿es posible que no tengan otro oficio que difundir la luz al rededor de esta opaca tierra, de este diminuto globo, formando el dia y la noche, y que su vasta carrera atienda à objeto tan poco útil? Cuando en esto pienso, me maravillo de que la Naturaleza, tan pròvida y sàbia, incurra en semejantes desproporciones; que con tan pròdiga mano haya creado y multiplicado esos sublimes cuerpos, sin otro fin, al parecer, y que les imponga tan

incesante revolucion, que se repite día por día; mientras la sedentaria tierra, que hubiera podido moverse en círculo más estrecho, servida por seres más nobles que ella, realiza su destino sin tanta agitacion, y recibe el calor y la luz como un tributo que le presta el incalculable curso de una velocidad que no puede apreciarse, ni hay números que puedan expresarla.»

Habló nuestro padre así, y en su aspecto indicaba estar entregado á profundas reflexiones; lo cual advertido por Eva, que, aunque un tanto apartada, se hallaba allí presente, se levantó de su asiento con humilde majestad y con una gracia que inspiraba al que la veía deseos de que permaneciese en aquel lugar, y se dirigió á visitar los frutos y las flores, para ver cómo prosperaban sus tier-  
nas y pomposas plantas; y ellas se abrieron al sentir que se acercaba, y crecieron regocijadas al contacto de su hermosa mano. Mas no se retiró disgustada del discurso que habia escuchado, ni porque su inteligencia fuese inferior á tan sublimes cosas, sino por reservarse el placer de que Adán se las repitiese, y de ser ella su solo oyente. Prefería oirlas de boca de su esposo más que de la del Ángel, y dirigirle á él sus preguntas, porque estaba segura de que éste añadiría interesantes digresiones, y de que sus conyugales caricias allanarian cuantas dificultades se le ocurrieran; que de sus labios salía otro encanto tan dulce como el de sus palabras. ¡Oh! ¿dónde hallaríamos hoy semejante consorcio, unido por el amor y el reciproco respeto? Retiróse pues con la dignidad de una diosa, y no sin el correspondiente séquito; que en su compañía iban las gracias seductoras rodeándola como á una reina, brotando en torno y de todos los ojos destellos del deseo que de continuo incitaba á contemplarla.

A las dudas propuestas por Adán, respondió Rafael con ingénuo benevolencia: «No censuro tu anhelo de saber, que el cielo es como el libro de Dios abierto ante tus ojos, en el cual puedes leer sus obras maravillosas y aprender á distinguir estaciones, horas, días, meses y años. Que sea el cielo el que se mueve, ó la tierra, te importa poco, con tal que tus cálculos sean exactos; lo demás, sábiamente ha hecho el supremo Artífice en encubrirlo tanto al hombre como al ángel, no divulgando secretos que son para admirados más bien que para escudriñarse. Á los que gustan de desvanecerse en conjeturas, deja Dios que se pierdan en fútiles cuestiones sobre la máquina de los cielos, quizá para burlarse de sus vanas sutilezas; y cuando pretendan estudiar el cielo y someter á cálculo las estrellas ¡qué no inventarán para ajustarlo todo á una forma! Construyendo unas veces y

destruyendo otras, se esforzarán en salvar las apariencias, y rodearán la esfera de curvas concéntricas y excéntricas, con sus cielos y epiciclos y sus orbes colocados unos dentro de otros. Esto he colegido yo de tus razonamientos, y en esto te seguirán tus descendientes. Supones que los cuerpos mayores y más luminosos no pueden estar subordinados á los más pequeños y opacos, ni los cielos girar en tan inmenso espacio, mientras la tierra, tranquilamente asentada, es la única que goza de su tributo; mas considera, en primer lugar, que ni la magnitud ni la lucidez son indicios de excelencia, porque, si bien en comparacion del cielo, es la tierra tan pequeña y no ostenta fulgor alguno, puede poseer riquezas de más cuantía y más preciadas que el Sol, el cual brilla, pero estéril, y cuya virtud es tan ineficaz para él cuanto fructuosa para la tierra. Ella es la primera que recibe sus rayos, que de otra suerte serian inútiles, la que se alimenta de su vigor; y todas esas espléndidas luminarias no se han hecho para la tierra, sino para ti, morador terrestre. En cuanto á la vasta redondez del cielo, sobrado alto proclama la magnificencia del Hacedor, que ensanchó tanto su recinto para que el Hombre comprenda que no habita en mansion propia, edificio por demás anchuroso para él, del cual solo ocupa una pequeña parte y el resto está destinado á usos que únicamente el Señor conoce. La rapidez de esos círculos, por más que sean innumerables, debes atribuirla á su Omnipotencia, que añade á sus sustancias corpóreas una actividad casi espiritual. ¿Qué te diré yo de la velocidad con que camino? Partí del cielo en que Dios reside al rayar el alba, y antes de mediodía he llegado al Eden, salvando una distancia que no hay guarismos conocidos con que se indique. Discurro de este modo, admitiendo el movimiento de los cielos, para mostrarte cuán débiles son los fundamentos de tus dudas; pero no lo afirmo, aunque desde la tierra en que vives parezca así. Dios ha puesto los cielos tan distantes de la tierra, para que no penetre en sus vías el sentido humano, y para que si los ojos terrestres pretenden alzarse tanto, se pierdan en inútiles esfuerzos por aquellas altas regiones.

»Mas ¿y si el sol es el centro del Universo, y otros astros incitados por su fuerza atractiva y la suya propia, giran en torno de él describiendo varios círculos? Seis de ellos te lo hacen ver en su curso errante, elevándose unas veces, descendiendo otras, adelantándose, retrocediendo ó permaneciendo inmóviles. ¿Y si el séptimo de esos planetas, la tierra, que aparece estable, participase á la vez de tres movimientos imperceptibles, que por otra parte debieran atri-

buirse á diferentes esferas obrando en sentido contrario y cruzándose oblicuamente? Ó eximes de semejante faena al Sol, ó supones inalterable á ese veloz rombo, que no ves de día ni de noche, que haces superior á todas las estrellas y semejante á una rueda que gira sin cesar; creencia de que puedes prescindir, si la tierra, industriosa de suyo, busca el día encaminándose al oriente, y si por la parte privada de los rayos del sol halla la noche, reflejando la claridad de la luz en su hemisferio opuesto. Y ¿qué diremos si esa misma luz enviada por la tierra á través de la atmósfera transparente, fuese como la de un astro para el globo terrestre de la luna, que la iluminase de día, y á su vez fuese iluminada por ella durante la noche? La influencia seria totalmente reciproca siendo cierto que la luna contenga campos y aún habitantes: las manchas que ves en ella semejan nubes; las nubes pueden resolverse en lluvia, y esta producir en su jugoso suelo frutos que den alimento á los seres allí nacidos. Un día quizás descubrirás nuevos soles que lleven en pos sus lunas, y se transmitan su luz masculina y femenina; sexos ámbos que animan el universo, y que pueden difundir la vida en cada uno de los orbes donde residen. Que esparcidos por el vasto imperio de la naturaleza, privados de seres vivientes, yermos y desiertos, estén limitados estos cuerpos á ostentar su luz, y apenas envíen un destello de ella á los demás orbes, atraídos desde tan lejos hácia la region habitable, que recibe de los mismos su esplendor, será asunto de eterna controversia. Pero que estas opiniones sean ó no fundadas; que el Sol, predominante en los cielos, influya sobre la tierra, ó la tierra sobre el Sol; que él dé en el oriente principio á su inflamado curso, ó ella emprenda su silencioso camino desde el occidente, adelantando lenta sus inofensivos pasos, y gire sobre su fácil eje, conduciéndote sin sentir con su apacible aire; ideas son con que no debes atormentar tu pensamiento: deja estos secretos á la sabiduría de Dios; pon tu celo en servirle y en temerle. Que disponga Él de sus criaturas, donde quiera que estén, segun le plazca; y tú goza de los bienes que te ha otorgado, de este Paraíso y tu hermosa Eva. El Cielo está muy sobre ti para que puedas averiguar lo que acaece en él. Sé humilde en tu ciencia; cuida solamente de ti y de lo que te concierne; no sueñes en otros mundos, ni en las criaturas que puedan morar en ellos, ó en su estado, condicion y clase; y contentate con cuanto te ha sido revelado, no solo respecto á la tierra, sino al más elevado cielo.»

A lo que, aclaradas ya sus dudas, respondió Adán: «Me has satisfecho plena-

mente ¡oh pura inteligencia del Cielo, benigno Ángel! Me has librado de incertidumbres, mostrándome el camino más llano de la vida, y enseñándome á no acibarar las dulzuras de mi existencia, que Dios ha preservado de angustiosos cuidados y pesares, siempre que nosotros renunciemos á quiméricos pensamientos y nociones vanas. Pero el espíritu ó la imaginacion propenden á lanzarse libres de todo freno en errores interminables, hasta que desengañados ó aleccionados por la experiencia, se persuaden de que no consiste el verdadero saber en el profundo conocimiento de cosas inútiles, abstractas é incomprensibles, sino el de todo aquello que está á nuestros alcances y de que hacemos uso todos los días de nuestra vida: lo demás es humo, vanidad, locura, que hace impracticable, que frustra lo que más debe interesarnos, y que empeña más y más nuestra ansiosa solicitud. Descendamos pues de la altura en que nos hallábamos, y tratemos de asuntos más humildes y provechosos; así tendré ocasion de acertar á dirigirte preguntas que no te parezcan inoportunas, y á que te dignarás replicar benévolamente, favoreciéndome como hasta ahora.

»Te he oído referir todo lo que es anterior á mis recuerdos; permíteme que á mi vez te refiera yo mi historia, que tal vez te sea desconocida. El día no declina aún, y aprovecharé, como ves, lo que resta en idear algun recurso con que entretenerte, invitándote á que oigas mi narracion. Seria una insensatez el creer que no he de merecerte respuesta alguna, porque mientras estoy á tu lado, me parece hallarme en el cielo. Tus palabras son á mis oídos más dulces que grato es el fruto de la palmera para aplacar el hambre y la sed, á la hora de la comida, despues del trabajo; que aquel, aunque sabroso, al fin llega á cansar y produce hartura; pero tus palabras, dictadas por la divina gracia, jamás hastian.»

Y le contestó Rafael con celestial agrado: «Tampoco tus labios, padre de los hombres, carecen de gracia, ni tu lengua de elocuencia. Dios te ha prodigado interior y exteriormente sus dones, haciéndote imágen suya, y bien hablando, bien permaneciendo en silencio, muestras esa gentileza y bella disposicion que acompaña á todas tus palabras y movimientos. En el cielo te consideramos como nuestro compañero de servicio en la tierra, y nos complacemos en observar las miras de Dios con respecto al Hombre, porque vemos cuánto te ha honrado, igualándote en el amor con que nos mira á nosotros. Di, pues, cuanto te plazca. Sucedió que aquel día estaba yo ausente, ocupado en un viaje árduo y penoso para hacer una larga excursion á las puertas del infierno. Iba una legion